

*Música y necrofilia***El derrumbe de la Casa Usher** (proyecto)

Por Claude DEBUSSY

Dibujos de GIRONELLA

La habitación de Roderick Usher. Pieza amplia con techo abovedado. Ventanas largas y estrechas colocadas a gran distancia del piso de madera de encina. Paredes con tapices oscuros.<sup>1</sup> A la izquierda, chimenea alta en la que brilla el fuego que proyecta reflejos rojos. También a la izquierda, gran puerta con paneles de ébano.

Mobiliario extravagante, a pesar de su antigüedad y verdadera belleza, tiene un aspecto incómodo y deteriorado. Libros, instrumentos musicales antiguos yacen en desorden aquí y allá.

Al fondo, un balcón que se abre a un parque limitado por un estanque de aguas muertas.

Termina el día. Grandes nubes oscuras pasan sobre las hojas casi negras de altos cipreses en un cielo de plomo.<sup>2</sup>

PERSONAJE: Roderick Usher, 35 años, el rostro angustiado —se parece un poco a E. A. Poe—; a pesar del desorden de sus ropas, se advierte que viste con elegancia. Corbata verde oscura.

El Amigo de Roderick (de más edad que R. U.), se comporta como un *gentleman farmer*. Viste ropa de terciopelo marrón, botas altas y amplias.

El Médico. Sin edad apreciable. Sus cabellos son rojos y entrecanos. Su mirada brilla a través de grandes gafas. Voz susurrante; gestos inquietos. Parece temer que haya alguien detrás de él. Traje negro, de la época.

Lady Madeline. Muy joven. Vestido largo y blanco.

Vestuario de la época del Romanticismo inglés.

## PRIMERA ESCENA

*Al levantarse el telón, la habitación está vacía. Una lámpara colocada cerca de un diván ilumina la escena. Se escucha una voz lejana y enfermiza — la voz de Lady Madeline. Se la verá atravesar la escena y desaparecer por la izquierda. Inmediatamente después, el amigo de Roderick Usher entra por el balcón precedido por un sirviente.*

*El médico entra furtivamente por una puerta disimulada en la tapicería.*

## LA VOZ DE LADY MADELINE.

*En el más verde de nuestros valles,  
habitado por ángeles buenos,  
hace mucho tiempo se levantaba un palacio majestuoso.  
Era en los dominios del Rey Pensamiento.  
Jamás serafín alguno desplegó el ala  
sobre un palacio la mitad de bello.<sup>3</sup>*

*(Entran el Amigo y el Médico.)*

EL MÉDICO. ¿Quién sois? ¿Qué deseáis? ¿No os han dicho que nadie puede entrar en esta habitación?

EL AMIGO. Roderick me ha escrito. Su carta, angustiada, no permite ningún retraso. Soy su único amigo. Os suplico...

EL MÉDICO. Ah, sí, ya sé... *(Los dos hombres se saludan fríamente.)* Ved en mí a su devoto médico desde hace mucho tiempo. Tuve el triste honor de asistir a su madre en sus últimos instantes. ¡Qué triste fin!

EL AMIGO. Reclama constantemente mi presencia. Dice esperar con ella un poco de alegría, algún consuelo a su intolerable sufrimiento. Es la súplica de un corazón que lucha contra no sé qué terror.

EL MÉDICO. Ay, no hay nada que hacer... Este hombre es el último de una raza orgullosa y altiva agotada fatalmente por la constante trasmisión de la misma sangre. Casi todos han sido unos enfermos,<sup>4</sup> maníacos aficionados a ciencias extrañas... Locos, distinguido señor, locos, creedme.

EL AMIGO. Yo sólo he encontrado en Roderick un alma enamorada del arte y la belleza...

EL MÉDICO. Como gustéis. Por lo demás, se trata de la misma búsqueda de lo extraño y lo deforme. Imposible escapar de eso. Ya lo veréis: aunque joven, su alma desordenada ha agotado ya su cuerpo débil. Veréis esa frente ancha que lleva la marca de la locura. Ahora sólo es un instrumento bajo las órdenes del miedo.

EL AMIGO. ¿Y Lady Madeline, su hermana? Sé que nunca se han separado, que su ternura es tan grande...

EL MÉDICO. Casi no se ve a Lady Madeline. ¿Qué os importa ella?

EL AMIGO. Vuestra manera de comportaros es extraña y no os comprendo. Dignaos responderme.

EL MÉDICO. Escuchad. Lady Madeline es la dulce respuesta de nuestro pobre amigo. Ella es tan débil, tan frágil. Las piedras malélicas de la Casa Usher han fijado su destino. Poco a poco han fijado su triste sonrisa, sus ojos dulces. Lady Madeline se irá como los otros, tal vez más pronto que los otros. Y luego, tengo que deciros que la culpa es de él porque no se puede amar así a una hermana...

EL AMIGO. ¿Qué queréis decirme?

EL MÉDICO. Escuchad esa voz que parece venir de más lejos que ella misma. Con frecuencia él la hace cantar músicas que condenarían a los ángeles. Es incomprensible y peligroso. Una mujer, después de todo, no es un laúd. Pero él no quiere ver nada, no comprende que el alma de ella se va con la música. Ah, ¿por qué no quiere ella escucharme? He hecho todo para advertirla, lo he intentado todo. Es tan hermosa. Es tan bella...

EL AMIGO. ¿Por qué deliráis? Llevadme con Roderick.

EL MÉDICO. Callaos. Helo aquí. Ocultaos un instante.

SEGUNDA ESCENA<sup>5</sup>

*(Entra Roderick. Mira fijamente y sin embargo sus ojos parece que no ven. Sus gestos son bruscos. La voz ronca.)*

RODERICK. Madeline... Madeline... Hace un momento dormía. Pero te escuché. Tu voz. Estoy seguro de que era tu



voz. No hay otra voz así en el mundo. No puedo más, no quiero más. No, eso no, no puedo ver eso. Dormirse en la fiebre para despertar en la angustia. Tormento sin fin, sin fin. (*Se apoya cerca de una ventana.*) Viejas piedras, ¿qué habéis hecho de mí, pálidas piedras? Os pertenezco desde el día que se va al día que viene. Vosotras lo sabéis y cada día vuestra posesión es mayor. Ahora soy igual que vosotras, las horas me roen como a vosotras las lluvias del invierno. ¿Por qué este oscuro castigo por culpas que no he cometido? ¿Qué he hecho? Piedras malas, vuestras pálidas figuras pesan sobre mi infancia. Y, sin embargo, el día en que mi madre murió reí... Sí... Osé reírme. Vosotras no habéis comprendido esa extraña alegría de verla al fin liberada de vuestro odioso sortilegio... No escuchasteis mis sollozos. No tuvisteis piedad de mí.

Vuestras manos de sombras han tejido sin descanso ese velo pesado y verdoso que se extiende y ahoga como una lepra asquerosa. Ah... Tengo sed de vivir... Sed de luz... El sol penetra aquí nada más para morir... Dejadme ir, no me retengáis... No, no, callaos, no puedo soportar vuestra queja, queja lastimosa de todos aquellos que vinieron a morir aquí, llamados por vosotras, piedras de duelo... "Quédate, quédate, muere aquí"... Callaos. Os obedeceré.

Tengo frío, la niebla aumenta. ¿Qué hay allá abajo, cerca de los juncos grisáceos? ¿Algún pájaro perdido? Helo aquí que atraviesa la niebla agitando como una mano fúnebre.<sup>6</sup> Ah, te reconozco. Estabas ahí cuando mi madre me besó por última vez. ¿Qué quieres ahora? ¿Qué tributo de muerte vienes a reclamar? ¿Serás tú, Madeline, hermana tan amada, sola compañera de mi vida? Ah, sus labios sobre mi frente como un perfume que refresca... Sus labios que acarician como un fruto desconocido que mi boca nunca se ha atrevido a morder. No sabes, pájaro de la desgracia, que si tú me la quitas ya no me queda nada.

¿No sabes que ella es mi única razón para no morir? Ah, viejas paredes, ¿no tendréis piedad de mí?<sup>7</sup>

Protegedme. Subid alrededor de mí como una marea de piedras. Defendedme, haced que no escuche ese ruido (*tachado*: de alas) siniestro... No dejéis entrar a las alas de la muerte. ¿Escucháis, escucháis? Vienen, vienen hacia mí, las alas negras... No creo más... Tengo miedo... Miedo.

EL MÉDICO. (*Tratando de contener al amigo.*) No tengáis miedo. Lo he encontrado así con frecuencia. Sería peligroso despertarlo en este momento. Creedme, no podemos hacer nada.

EL AMIGO. Idos. (*El Médico se retira con un gesto irónico de lástima.*) Roderick, Roderick, amigo mío... (*Roderick abre los ojos, mira la puerta, a su amigo y se levanta sin esfuerzo aparente.*)

RODERICK. Vos... sois vos. (*Se abrazan.*) Tenía tanta necesidad de veros. (*Roderick toma una actitud de enfática cordialidad —puramente automática ya que luego estará, a la vez, vivo e indolente.*) Bienvenido a la vieja Casa Usher y perdonadme por no haber ido a buscaros. Los caminos son malos (*tachado*: para llegar aquí) y poco conocidos; seguramente no habréis encontrado a alguien que os guiara. Las gentes tienen miedo de esta casa. Lámparas. Encendamos las lámparas. Apenas os veo.

EL AMIGO. Querido Roderick. No tuve necesidad de ningún guía, a Dios gracias. Y ahora, haced lo que gustéis de esta vieja amistad tan devota. ¿Me recordáis siempre?

RODERICK. Hemos jugado y trabajado juntos. Vos supisteis comprender y querer al niño que desde entonces sólo sabía soñar. Supisteis perdonar los bruscos extravíos de un carácter fantasioso desgraciadamente imposible de cambiar.

EL AMIGO. ¿Qué decís?

RODERICK. Al veros, pienso de nuevo en los sucesos que han marcado mi vida. ¿Cuántos días lentos y pesados asistí como testigo impotente de la doble ruina de la casa y de mí mismo! Se diría que en esta casa nada se mueve. De ella se fue la alegría, igual que se apagó su antiguo esplendor. (*Se estremece y trata nerviosamente de componer el desorden de su vestimenta.*)

EL AMIGO. ¿Qué os pasa?

RODERICK. Esta noche respiré la niebla que sube del estanque. Es funesta, si creemos en lo que dicen los campesinos. Tal vez tienen razón. (*Al amigo, que cerró la ventana.*) Gracias, así está mejor. Perdonadme el haberos pedido que vinierais a compartir tanta tristeza. Sois mi amigo, el único, no lo he olvidado. Nada se olvida aquí. Miradme, mirad lo que el recuerdo ha hecho de mí. Parezco un anciano.

EL AMIGO. Vamos, Roderick, sois joven, todavía podéis escapar de todo esto. Idos, nuevos paisajes pueden cambiar vuestros pensamientos. Si la alegría ha abandonado vuestra casa, no creáis por eso que ya no existe. Tened la fuerza de bus-

carla. Os aguarda en algún rincón del mundo, en traje de fiesta, los brazos cargados de caricias, como una madre privada durante mucho tiempo de su hijo. Idos.

RODERICK. ¿Creéis que nunca lo he intentado? Estaba solo, cansado de sufrir, cansado de esperar una muerte demasiado paciente. La fiebre circulaba por mis venas como un fuego sutil, incitándome a una resolución muchas veces pensada. Entonces, como un ladrón, las piernas temblorosas, huía... Pero apenas franqueaba la puerta, una fuerza me obligaba a regresar: las viejas piedras brillaban como innumerables miradas cargadas de reproche. Miraban esa huida. Escuchaba sus voces persuasivas y tiránicas: "Quédate, quédate, ninguna piedra en el mundo arrullará tan dulcemente tu último sueño. Quédate, quédate, muere aquí." No puedo dejarlas.

EL AMIGO. Es la fiebre la que os da el singular poder de escucharlas. Cuando estéis lejos, las olvidaréis.

RODERICK. Callaos, por piedad. ¿No podéis comprenderme? No en vano mis ancestros sufrieron y amaron en esta casa. Por ellos, por la huella ligera que dejaron, se formó lentamente el alma dominante de las piedras que por todos los siglos ha dirigido nuestros destinos y a la cual, yo, el último de la raza, tengo que obedecer. ¿Quién puede imaginar el terror, cada vez más terrible, que produce el mínimo suceso, el incidente más vulgar? Oled esta atmósfera de dolor. Esta melancolía agria (*tachado*: profunda) que acabó con mentes más fuertes que la mía. Mirad esa grieta, apenas visible, que traza su camino por las paredes, que va a perderse en las aguas del estanque. Hace mucho tiempo que observo su trabajo obstinado, la ruta trazada (*tachado*: con un dedo paciente) a través de los muros y que se acaba en las aguas del estanque. Pues bien, es la llaga secreta que rompe mi corazón y a través de la cual se irán al mismo tiempo la razón y mi vida.

EL AMIGO. Roderick, Roderick.

RODERICK. Por esa llaga ha entrado el Miedo. Ah, no encontréis nunca a ese espectro lívido, a ese compañero de noches sin sueño. No hay torturas parecidas (*tachado*: no existe y sin embargo está). Sus manos (*tachado*: horribles-invisibles) se posan en la nuca, os conducen a través de lo Invisible. Lucha horrible, sorda lucha en los dominios de las tinieblas de las que uno regresa con los miembros rotos. Un día llegará en que nada podrá defenderme, ni siquiera mi triste hermana, la pobre Madeline. No podré más, moriré de esa llaga, moriré de esa lucha, moriré del pasado de la Casa Usher. (*Solloza desesperadamente.*)

EL AMIGO. No lloréis... No escuchéis el consejo de aquellos que se han ido.<sup>8</sup>

RODERICK. Ellos son los únicos que saben que yo no puedo vivir. (*Sale como un loco por la puerta.*)

EL AMIGO. Roderick, ¿adónde vais? No hagáis eso.

EL MÉDICO. (*Se asoma por la puerta y permanece sin entrar.*) Dejadlo, venid aquí. Lo que tanto temía ha sucedido, os había prevenido.

EL AMIGO. ¿Qué? ¿No queréis decir que...?

EL MÉDICO. Sí, ha muerto.

EL AMIGO. ¿Lady Madeline?

EL MÉDICO. Sí.

EL AMIGO. ¿Dónde está?

EL MÉDICO. Aquí. (*Señala el techo.*) Regresaba hace un momento de su habitual paseo... La encontramos extendida en la escalera que conduce a su cuarto. Ay, muerta. La transportamos a un recinto que, extraño azar, se encuentra exactamente sobre el techo de esta habitación.

EL AMIGO. ¿Por qué tanta prisa?

EL MÉDICO. (*Tachado*: había que evitar un acto de ¿violencia?) Había que actuar de inmediato. ¿Podéis imaginar lo que hubiera pasado si Roderick la hubiera visto? ¿Hubiera respetado su locura a la muerte?

EL AMIGO. ¿La habéis vos respetado acaso? ¿Con qué derecho actuasteis de esa manera?

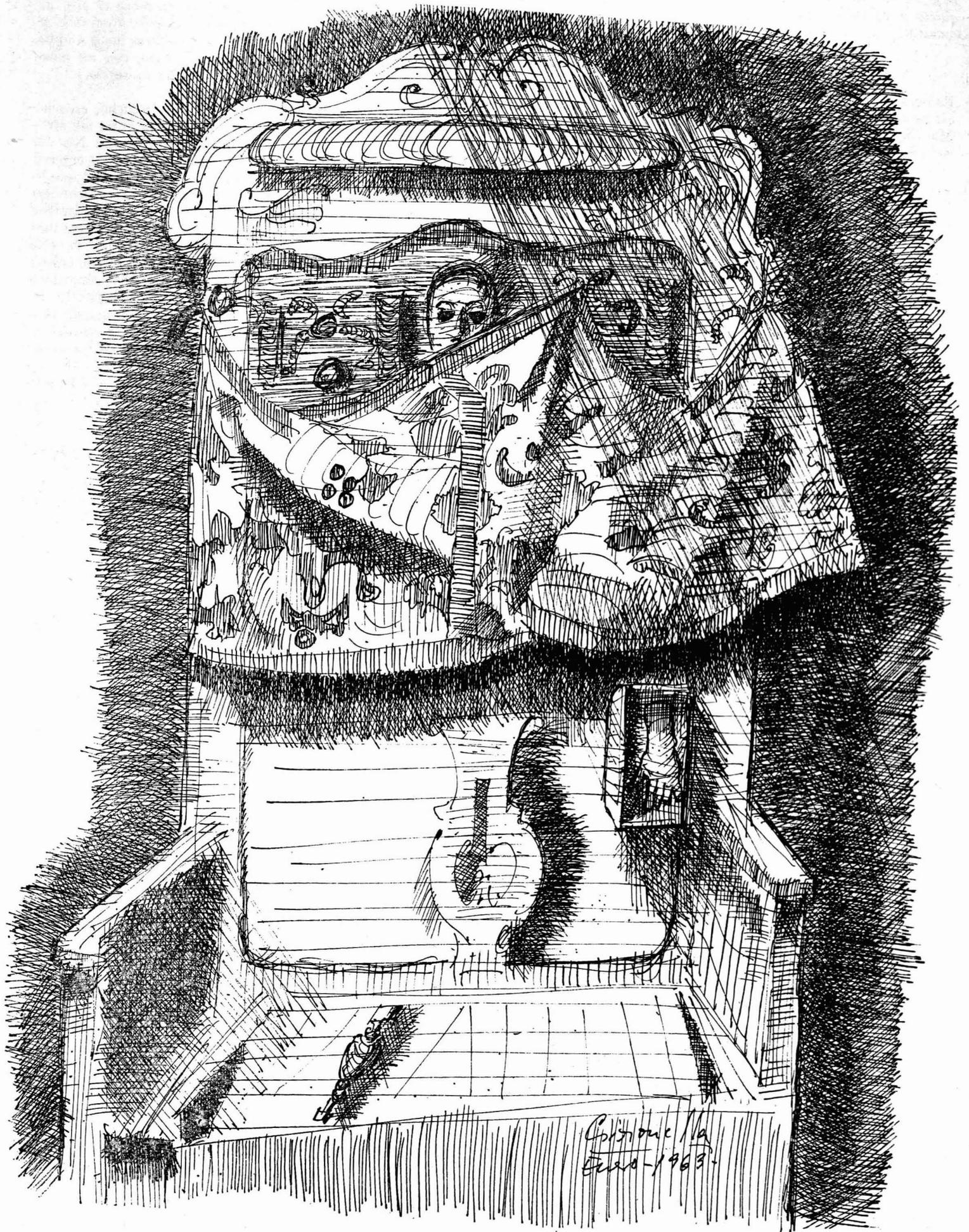
EL MÉDICO. ¿Qué os importa? (*Tachado*: había que actuar en seguida.) Para llegar a este recinto hay que atravesar un largo vestíbulo cuyas paredes están revestidas de cobre. La puerta de hierro macizo es difícil de abrir sin hacer ruido. A cada chirrido temía que...

EL AMIGO. Roderick tiene que saberlo.

EL MÉDICO. Lo sé. Esperemos. Siempre hay tiempo. Esperemos. Dejadme daros un consejo: abandonad esta casa. El aire que se respira aquí es malo para un hombre como vos; además, vuestra devoción es inútil. Partid antes de que ese sombrío maníaco tenga otra víctima más. Venid.

EL AMIGO. No puedo abandonarlo. La inexplicable muerte de su hermana va a dejarlo todavía más solo.

EL MÉDICO. Vos me olvidáis: lo asistiré como a los otros. (*Aparte.*) Y espero tener mi recompensa.



EL AMIGO. Me parece escucharlo. Dejadme.

EL MÉDICO. Sea. Pero recordad esto: si habláis, acabaréis con éste, el último de los Usher. Raza antigua, pobre raza. (*Salc. Roderick entra con un libro entre las manos. Canta, en voz baja, la melodía de Lady Madeline al principio del acto. Inquieta su calma.*)

RODERICK.

*En el más verde de nuestros valles,  
habitado por ángeles buenos...*

Eso era lo que cantaba. Su voz está en mí. (*Volviéndose hacia su amigo.*) Ah, estáis aquí. ¿No habéis encontrado a Lady Madeline? Aunque débil, se pasea con frecuencia por este parque. Cerca del estanque, espejo de agua que atrae misteriosamente la mirada.

EL AMIGO. Justamente vuestro médico...

RODERICK. El devoto médico de la familia Usher... Cree que no veo nada... Me cree completamente loco... Le gustaría que yo muriera y por eso me vigila como un cuervo ávido. Espera.<sup>9</sup>

EL AMIGO. ¿Qué suponéis?

RODERICK. Creo que se atreve a amar a Madeline. Amar a Madeline, él, ese sepulturero... ¿Estáis seguro de no haberla visto? ¿Tal vez la habéis encontrado muy enferma y teméis decírmelo? Ya sé que ella está muy débil, que no quiere ver a nadie. Sé que para lograr su salud ha tenido que alejarse de mí. Pero siempre ha querido estar cerca. No podré dejar de escucharla. Cuando canta, las sombras se iluminan, un perfume más fuerte y más durable que el de las flores se esparce con su canto y los ángeles de la muerte, con un dedo en los labios, se retiran maravillados... Decidme, ¿la habéis visto?

EL AMIGO. ¿Por qué no os lo habría dicho?

RODERICK. Es cierto, tenéis razón... No podéis saber... Escuchad, ¿oís algo?

EL AMIGO. No.

RODERICK. Mirad: Encontré este antiguo y curioso libro de una sabiduría olvidada. En él se habla de viejos sátiros africanos. Durante horas, soñé la música que debía acompañar a sus extrañas ceremonias. Leed... Aquí. Parecería escuchar algo así como una danza fúnebre y apasionada. (*Mientras leen, se escucha —vagamente— la música que imagina R. U. Pero muy pronto éste deja caer el libro y mira (tachado: fijamente) hacia adelante con esa desconcertante fijeza que tenía al principio de la obra. Se dirige hacia la ventana.*) Es preciso que yo sepa. No puedo soportar más esto.

EL AMIGO. No podéis salir, Roderick... (*tachado: creo que*) Viene una tormenta, las nubes están pesadas y bajas en el cielo... Las nubes apretadas como animales temerosos.

RODERICK. (*Después de un silencio de haber mirado (tachado: alrededor de él) a su amigo.*) Vos no habéis visto nunca esto. Esperad y lo veréis. (*Va a abrir la ventana.*) Mirad esa claridad. Sudario luminoso que guarda al estanque. Ahí está, él, el pájaro maldito, el pájaro de la desgracia, ahí está, no vuela. ¿Lo veis?

EL AMIGO. Roderick, no debéis ver... No hay nada más que la tormenta... El aire es frío, peligroso para vos. (*Aparte.*) ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? (*A Roderick, mientras lo lleva al sofá con energía.*) Aquí está nuestra novela favorita. Os leeré esta bella leyenda del caballero y del ermitaño.

RODERICK. No, no, dejadme. Reposad. Esta noche no es más peligrosa que las otras.

EL AMIGO. Esta noche es terrible y la pasaremos juntos. Escuchad: "Sir Ulrich,<sup>10</sup> corazón valiente por naturaleza; fuerte, debido a la mágica virtud del brebaje que había bebido, no esperó más tiempo para hablar con el ermitaño, malicioso y obstinado en verdad. Pero temiendo el desencadenamiento de la tempestad levantó su maza y con unos golpes abrió un camino a través de las tablas de la puerta y el golpe seco y hueco llevó la alarma de un lado al otro del bosque. (*Durante esa lectura, Roderick, todavía sentado, deja caer la cabeza y se balancea con un movimiento muy leve.*) Roderick, no me escucháis.

RODERICK. Oh, sí, sí. Escucho atentamente.

EL AMIGO. "Al pasar la puerta, Ulrich se enfureció y se sorprendió al no percibir rastro alguno del malicioso ermitaño; pero en su lugar estaba un maravilloso dragón con una lengua de fuego cuidando un palacio de oro cuyo piso era de plata y de cuyos muros colgaba un brillante escudo de bronce.<sup>11</sup>

RODERICK. (*En voz baja.*) Brilla el escudo de bronce.

EL AMIGO. "Entonces, Ulrich levantó su maza y golpeó la cabeza del dragón que cayó ante él y arrojó su aliento pestilente con un rugido espantoso.

RODERICK. (*Sin interrumpir su balanceo regular ha volteado la*

*cabeza hacia la puerta de ébano.*) Brilla el escudo. Ella va a tocarlo.

EL AMIGO. "Y como el sortilegio había terminado avanzó sobre el piso de plata hacia el lugar en que pendía el escudo, que no esperó a que él lo tocara para caer a sus pies."

(*En ese momento, como si un escudo cayera sobre el piso de plata, se escucha el eco distinto, metálico, sordo. Roderick se arroja al suelo y pega la oreja al piso mientras una sonrisa malsana tiembla en sus labios. Habla muy bajo, con un murmullo precipitado casi inarticulado. El Amigo lo sujeta.*)

RODERICK. Vos no podéis escuchar. Pero yo escucho, escucho desde hace algunos minutos. He escuchado, pero no me atrevía... Oh, piedad de mí. Miserable, infortunado. No me atreví a decirlo. El viejo cuervo se ha vengado ya: la enterró viva en el recinto. Ya antes trató de hacerlo. Os digo que lo sé. Os digo que estoy seguro. Hace un momento, escuché sus débiles movimientos en el fondo de la tumba. Ja, ja. Sir Ulrich, el ruido del escudo, el estertor del dragón. Decid mejor: el ruido de la puerta... De la puerta de hierro. (*Se levanta pero sus palabras se cortan con una risa demencial.*) ¿Podéis verla? Está en el vestíbulo de cobre. Ved cómo sangran sus pobres manos, su vestido está lleno de sangre. Ja, ja. Ésa que amabas tanto, Roderick, ésa que no debías amar, ella. ¿Por qué no supiste defenderla?<sup>12</sup> Oh, ¿qué va a reprocharme ahora? Sube la escalera, escucho sus pasos, escucho los latidos de su corazón. Ah, sus ojos, sus ojos que lloran sangre. (*Estas últimas palabras las grita como si estuviera muriendo.*) Insensato, insensato. Os digo que ella está ahora detrás de la puerta.

(*Mientras que Roderick dice "Insensato, insensato" y como si su voz hubiera adquirido el poder de un sortilegio, los vastos y antiguos paneles se abren lentamente; al mismo tiempo, el balcón se abre empujado por la furia del viento. Lady Madeline permanece vacilante y temblorosa en la puerta.*<sup>13</sup> Luego, con un grito terrible cae pesadamente sobre su hermano que se ha dirigido hacia ella tendiéndole los brazos. En su definitiva agonía, ella lo hace caer. El Amigo huye. La tempestad estalla.

*En el momento en que caen Lady Madeline y Roderick, el disco de la luna llena roja de sangre estalla. Las murallas se desploman. Sólo permanece visible el estanque profundo que se cierra silenciosamente sobre las ruinas de la Casa Usher.*)

—Traducción de Juan Vicente Melo

<sup>1</sup> Tapicerías a lo largo de las cuales se hallan suspendidos instrumentos antiguos.

<sup>2</sup> En un cielo rojo de sangre.

<sup>3</sup> Y de perlas y rubíes (*tachado: brillante*) refulgente era la puerta del bello palacio, por la que salía a oleadas, a oleadas, centellando sin cesar, una turba de Ecos, cuya grata misión era sólo cantar con voces de magnífica belleza el talento y la sabiduría de su rey.

<sup>4</sup> a) Todos enfermos e incomprensiblemente inteligentes —todos con la frente marcada por la locura. b) Todos enfermos, algunos de ellos grandes artistas... no olvidéis este hecho singular: la transmisión constante del nombre y del patrimonio, de padre a hijo... medio infalible para empobrecer la raza que ha degenerado como podéis verlo... No es más que un instrumento bajo las órdenes del Miedo. Miedo de morir y miedo de vivir.

<sup>5</sup> Primera escena.

a) R. U. (Sin ver, extendido en un sofá.) Madeline, Madeline. Monólogo —establecer un paralelo entre las piedras y los ancestros, todos han muerto sin tener hijos— terror de las piedras —alma tenebrosa y gris.

b) R. U. (Sin ver, extendido en su sofá, a la derecha.) Lejana y enfermiza se escucha la voz de Lady Madeline. Al final, atraviesa la escena.

<sup>6</sup> Baten sus alas, como si fuera la respiración del tiempo.

<sup>7</sup> ¿Vuestra alma no está acaso hecha de espantoso silencio? Es preciso que Dios os hable para conmoveros.

<sup>8</sup> Busquemos la manera de calmarnos... Aquí están vuestros libros... reconozco uno que antes os gustaba discutir: *El viaje subterráneo de Holberg; La ciudad del sol de Campanella*. Oh, ¿cuál es éste? — R. U.: Un antiguo y curioso libro sobre la sabiduría olvidada.

<sup>9</sup> Ah, sí, la siniestra figura... Queréis decir el médico de la muerte que con el triste pretexto de haber ayudado a mi madre a morir, se obstina en permanecer aquí... Siempre está rondándonos... Nos vigila como un viejo cuervo ávido de carne muerta.

<sup>10</sup> Sir Launcelot.

<sup>11</sup> Un escudo de bronce que tiene grabada esta leyenda: El que entre aquí, vencedor será; el que mate al dragón, el escudo ganará. Y Sir Launcelot levantó su maza.

<sup>12</sup> Es la sangre del amor prohibido que se derrama.

<sup>13</sup> Hay sangre en sus vestidos blancos.